

de armas divididos en cohortes é instruidos segun la táctica romana, se hallaban acuartelados en Marcodurum (hoy Dueren), y por estar bastante apartados del Rhin se encontraban á la sazón descuidados. Fueron sorprendidos por las tropas de Civilis y degollados; pero este revés no disminuyó los bríos de los ubios, que á su vez pasaron el Rhin y devastaron muchas comarcas de la Germania brava hasta que cayeron en una emboscada, y fueron copados y muertos. Por esto dice Tácito que en toda la guerra no igualó su fortuna á su fidelidad hácia Roma.

Esta terrible venganza de Civilis aumentó su influencia, ánimo y crédito, tanto, que volvió á activar enérgicamente el sitio de las dos legiones de Vétera, cuidando de quitarles toda comunicacion con sus amigos de fuera y especialmente de que ignorasen la aproximacion de socorros. La construcción y el servicio de las máquinas de sitio y de obras de terraplen dejó á cargo de sus bátavos como mas prácticos; y á los germanos bravíos, siempre anhelosos de combate, les hizo trabajar al pié de los baluartes del campamento para socavarlos y derribarlos, renovando á los que los defensores mataban, porque le sobraba gente y la que moría apenas dejaba vacío en sus filas. Ellos ni aun de noche cesaban en sus esfuerzos, acumulando grandísimas pilas de leña junto á los baluartes y encendiéndolas, haciendo gran ruido al rededor de tan colosales hogueras, comiendo, bebiendo, y de cuando en cuando, calentados por el vino, uno ú otro encaramándose y subiéndolo á las murallas y terraplenes, dando solo lugar á que los romanos á favor del resplandor matasen con certeros flechazos desde arriba á los que subian y á los que estaban abajo, escogiendo tranquilamente á los que mas se distinguían como jefes y principales. Esta descripción es interesante, porque pinta mejor que nada el carácter impetuoso y la bárbara temeridad de los germanos en frente de la serena é inaccesible superioridad de la civilizaci6n romana, así en paz como en guerra, superioridad que duró desde los cimbros por espacio de cinco siglos, y solo el gran desbordamiento y el número inmenso de los pueblos germánicos pudieron cubrir las pérdidas horribles que en este tiempo sufrieron.

Conociendo Civilis que el encender fuegos era exponer á su gente á los tiros certeros de los sitiados, mandó apagar las hogueras y atacar simultáneamente y á oscuras por todos lados. No hubo medio ni de apuntar ni de parar el golpe; pero los germanos armando su acostumbrada gritería indicaban á los romanos á donde debían dirigir sus tiros. De nada servía el valor: los mas valientes caían al impulso de las flechas de los mas cobardes; pero entre los germanos hervía una cólera insensata, mientras que los romanos, adiestrados para la defensa, sabían cubrirse y enviaban piedras y dardos, no sin resultado, al grueso de los sitiadores; donde oían el rumor de los que socavaban los cimientos hundían sus picas, y si algun bárbaro lograba llegar á la cima del terraplen le atravesaban los vigilantes é incansables defensores con sus dagas. Pero pasó la noche y al hacerse de día vieron los sitiados nuevas filas de enemigos. También habían construido los bátavos una torre de dos pisos movable, pero cuando la impulsaron hácia la puerta llamada Pretoriana del campamento, la destrozaron los de adentro con vigas y grandes estacas arrojadas con fuerza y enterraron bajo sus restos á muchos que venían dentro y encima. Después hicieron una salida con tan buen éxito, y que sorprendió á los sitiadores, que no supieron ya qué hacer y cedieron renunciando á tomar el campamento á viva fuerza. Propusieron de nuevo rendirlo por hambre, y acaso por la traición de los legionarios á quienes Civilis trataba de ganar con frecuentes mensajes y promesas. Sin embargo los legionarios, prácticos en materia de fortificación y defensa y diestros para inventar

siempre nuevas máquinas de ataque con que dañar á los atrevidos que se acercaban á las fortificaciones, construyeron un gran aparato en figura de palanca ó balanza que formaba en un extremo una colosal tenaza con la cual, bajándola, cogían á uno de los que subían, y bajando de repente y con fuerza el otro extremo, la máquina arrojaba al preso como una pelota por el aire hácia el interior del campamento.

Entre tanto, habíase librado en Italia la batalla de Cremona, y Vitelio fué reemplazado en el trono de los Césares por Vespasiano. Civilis dejó pasar de muy buena gana esta noticia á los campamentos de Vétera y Gelduba, donde las tropas juraron fidelidad al nuevo emperador, aunque con repugnancia; pero como Civilis había hecho antes prestar á los suyos el mismo juramento en favor de Vespasiano, aunque solo como recurso y ardid de guerra, se vió entonces comprometido y falto de todo motivo para seguir sitiando á una tropa adicta ya al mismo soberano, y cuyo jefe intimó, en efecto, al aventurero que hiciese la paz, si era verdad que había tomado las armas en favor del nuevo emperador. Civilis, que no pensaba en abandonar su empresa, dió una contestación evasiva, quejándose de lo mal que habían sido pagados sus 25 años de servicio en el ejército romano; diciendo que su hermano había sido ejecutado; que él se había visto ahorrado, y que las tropas de Vétera habían perdido su muerte, lo cual exigía venganza; que los germanos que guarnecían la plaza, los treverios y otras almas viles y esclavas recibirían como siempre, por toda recompensa de su sangre vertida en el servicio de Roma, la dura y odiada disciplina del ejército, contribucion sobre contribucion, azotes, la segur del lictor y el capricho del tirano; por último, que le mirasen á él, que á la cabeza de una sola cohorte y de sus bátavos y caninefatos había destruido ó sitiado por hambre aquellos fantasmas de campamentos. Estas exclamaciones no produjeron ningun efecto y solo hicieron mas patentes su mala fe y ambición.

En su consecuencia, resolvió atacar también á Vócula en Gelduba, á donde envió á Julio Máximo y á su sobrino Claudio Victor con las cohortes veteranas y las mejores tropas de germanos de la otra orilla del Rhin, quedándose con la otra parte del ejército de Vétera. Julio y Claudio saquearon por el camino un campamento de invierno de una seccion de caballería en Asciburgio (hoy Asburg entre Xanten y Neuss), y sorprendieron tan completamente el campamento fortificado de Vócula, que este no tuvo tiempo de hacer formar la tropa, y en medio de la confusion solo pudo gritar que se formase un cuadro de legionarios como centro y al rededor se agrupasen como pudieran las tropas auxiliares. Hízose así, y una vez hecho, salió de la formacion á galope la caballería romana lanzándose sobre el enemigo. Pero las compactas filas de los germanos la rechazaron, y entonces volvió grupas y atropelló en la huida á su propia infantería. Desde aquel momento ya no hubo batalla, sino solo una inmensa carnicería. Las cohortes belgas compuestas de nervios, abandonaron los flancos, fuese por miedo ó por traición, quedando así los legionarios aislados y rodeados por todas partes. Ya habían perdido sus enseñas y arrojándose dentro del campamento donde los mataban los de Civilis al pié de sus propios baluartes, cuando tan brillante victoria se cambió repentinamente en derrota y se salvó el resto de las legiones. La causa fué que varias cohortes vasconas que procedentes de los Pirineos seguían su camino á poca distancia del desastre, oyeron el estruendo de una batalla y corrieron en dirección del ruido cayendo cabalmente por la espalda sobre el enemigo cuando mas encarnizado estaba en la matanza. El efecto de este ataque fué colosal y fuera de toda proporcion con el número de los vascones, porque

romanos y germanos creyeron que todo el ejército del Rhin había llegado desde Neuss ó Maguncia, y este error devolvió á los legionarios toda su serenidad y brío. Quedó en el sitio la flor de la infantería bátava que había penetrado dentro del estrecho recinto fortificado y no podía ya salir; pero la caballería escapó llevándose las enseñas conquistadas á los romanos y también los prisioneros. Las pérdidas de los romanos fueron mayores que las de Civilis, pero las de este último fueron mas sensibles porque entre sus muertos estaban sus hombres mas valientes, mientras las pérdidas de los romanos consistían en tropa inferior. La falta de Civilis consistió en el empleo de fuerzas insuficientes, y la de Vócula en haber descuidado hacer escrupulosos reconocimientos, á la cual agregó el nuevo yerro de no pasar inmediatamente de la defensa al ataque. Si lo hubiera hecho, habría obligado al enemigo á levantar el sitio de Vétera; pero cuando se puso en movimiento, ya habían pasado días. Entre tanto, Civilis se había esforzado, aunque en vano, para hacer creer á la guarnición de Vétera que el ejército de Vócula estaba completamente aniquilado, en apoyo de lo cual mostró las enseñas y los prisioneros; pero los sitiados veían ya por el resplandor de las aldeas incendiadas que el ejército romano iba aproximándose victorioso. Civilis, vacilando, decidióse por fin por el partido mas atrevido, el de hacer cara á la vez á los de dentro y á los de fuera. Empeñóse la batalla; los sitiados hicieron una salida; Civilis cayó con su caballo, y amigos y enemigos creyeron que había muerto, con lo cual se desanimaron los germanos y cedieron, mientras los legionarios embistieron con mayores bríos, y finalmente, derrotados los enemigos entraron los romanos y Vétera quedó libre. Su libertad sin embargo duró poco: Vócula no se atrevió á perseguir al enemigo, y prefirió aumentar las obras de defensa, persuadido de que no tardarían los bátavos á renovar el sitio; de lo cual puede inferirse que los romanos no eran bastante numerosos para ir á atacar á los bátavos en su propio país y en campo raso.

Deseando Vócula abastecer bien la plaza, á fin de evitar en un nuevo sitio una rendición por hambre, mandó por viveres á Neuss. La primera columna llegó con las cargas de trigo sin haber sufrido contratiempo alguno, gracias á la caída del caballo de Civilis; pero la segunda fué menos feliz. Marchando tranquilamente sin formar columna cerrada, con el mayor descuido, creyendo el camino terrestre libre, los hombres de la escolta habían echado sus armas en los carros para ir mas libres, cuando se vieron atacados de repente por las huestes compactas de Civilis, cuyos buques recorrían el río con entera libertad, estando los puentes, vados y pasos ocupados por los germanos. La suerte que tuvieron los de la columna fué que la noche los salvó y pudieron llegar otra vez á Gelduba de donde habían salido, en lugar de entrar su cargamento en Vétera. Convencido ya Vócula de la imposibilidad de abastecer suficientemente la plaza, y por consiguiente de conservarla como punto avanzado, retiróse á Gelduba, y de allí á Neuss, llevándose además del cuerpo destinado á socorrer á Vétera, mil hombres escogidos de las legiones quinta y décimaquinta de la antigua guarnición. Tan grande era ya el espíritu de insubordinación, que se le agregaron muchísimos de los destinados á permanecer en Vétera, donde hubo el mayor descontento entre los que quedaron como guarda de un punto perdido y abandonado. Para mayor desgracia, volvió á presentarse Civilis con sus tropas, poniendo otra vez cerco á la plaza. Después marchó con una parte de su ejército hasta Gelduba y la tomó; desde allí fué á buscar al enemigo en sus últimos atrincheramientos de Neuss, y derrotó delante de las puertas de esta posición á la caballería romana. Entonces, irritadas

las tropas de tantos reveses, rompieron completamente el freno de la disciplina, y el rencor tanto tiempo comprimido degeneró en abierto motin. Los sublevados ébrios de resultados de un festín que habían celebrado con dinero remitido por Vitelio, pero que Hordeonio Flaco les había repartido en representación y á nombre de Vespasiano, asesinaron á este general, tan odiado de las tropas, y se declararon por Vitelio que ya no existía. Vócula escapó á favor de la oscuridad de la noche y de un disfraz de esclavo. No tardó una parte de los amotinados en arrepentirse de su crimen y volvió á llamar á Vócula, el cual hizo jurar á las tropas otra vez fidelidad á Vespasiano y las llevó delante de Maguncia, cerada á la sazón por tribus catas, usipias y maticas, plaza fuerte, que por supuesto todavía no habían logrado tomar los germanos. Después de cercar la ciudad, se habían retirado ya de nuevo; pero en su descuido se habían dispersado por el camino de su patria y fueron atacados y destruidos por las legiones. Los treverios, como siempre, se mantuvieron fieles á Roma y fortificaron sus fronteras contra los germanos, á quienes combatieron causando y experimentando á su vez grandes pérdidas.

Al año siguiente, 70 de nuestra era, llegó á la Galia y Germania la noticia de la muerte de Vitelio que fué señal de un recrudescimiento de hostilidades. Civilis arrojó la careta, declarándose abiertamente contra Roma, y la Galia se levantó para sacudir el yugo romano. Entonces se esparció por todos los pueblos del Norte la creencia de que había llegado el fin del dominio universal de Roma, cuyos ejércitos estaban tan desmoralizados, que las legiones de Vitelio prefirieron á su sucesor Vespasiano un emperador extranjero. En muchas partes, y particularmente en la Bretaña, corrió la voz de que los campamentos perennes de la Mesia y Panonia se hallaban cercados por sármatas y dacios; pero lo que mas corroboró la creencia de la ruina del imperio, fué el incendio del capitolio.

Los druidas, dueños espirituales de la población celta, habían declarado que cuando los galos invadieron á Roma, había quedado ileso el templo de Júpiter, y de consiguiente en pié el poder de los romanos, pero que á la sazón el incendio de aquel santuario demostraba que los dioses retiraban su protección á Roma y se apercibían é enviarle el merecido castigo. Predecían que en adelante el imperio del mundo sería dado á los pueblos del Norte de los Alpes. Era esto una profecía verdadera que se anticipaba en cuatro siglos á la realidad, aunque Tácito la llame una ilusión vana y quimérica de druidas.

Por otra parte se decía que los caudillos galos se habían obligado en secreto cuando Oton los llamó al servicio contra Vitelio á luchar por la independencia de la Galia, si la guerra civil, según podía colegirse, continuaba debilitando en el interior el poderío del imperio.

Alentados por todas estas circunstancias, un personaje distinguido de Tréveris, llamado Clásico, comandante de la caballería de su ciudad, otro compatriota suyo, Julio Tutor, y el lingon Julio Sabino, entraron en alianza secreta con Civilis, atrayendo además á su partido algunos ubios y tungeros en una entrevista secreta que celebraron en Colonia. En ella con la verbosa fogosidad propia de celtas, exageraron la situación fatal de Roma, diciendo que estaba devorada por la discordia, que había perdido dos legiones, que la Italia estaba devastada, la capital acababa de ser atacada y rendida y que sus ejércitos estaban cada uno por su lado ocupado en una guerra distinta. Por tanto juzgaron facilísimo apoderarse de toda la Galia, tan luego como hubieran cerrado los pasos de los Alpes, y resolvieron atraerse á las legiones vitelianas de la Galia, matando solo á sus jefes. Vócula,

advertido del peligro, pero engañado por los conjurados, y menos seguro todavía de la fidelidad de sus tropas, no hizo nada para defenderse contra los galos; al contrario suponiendo que estos le ayudarían, prosiguió de nuevo la lucha contra Civilis.

Claudio Labeon, el rival de Civilis en el pueblo bátavo, que había sido hecho prisionero y enviado á la Frisia, logró escaparse sobornando á sus guardas, y llegar á Colonia, donde se presentó á Vócula, y se ofreció á recobrar con muy pocas fuerzas los distritos mejores del país bátavo. Vócula aceptó sus ofertas y le envió con alguna tropa á aquellos distritos; pero Labeon al ver que entonces Civilis estaba en su mayor auge, no se atrevió á emprender nada entre sus compatriotas, logrando solo armar á unos cuantos nervios y betasios y hacer una excursión, mas furtiva que guerrera, á las comarcas de los caninefatos y de los marsacos, tribu frisona de la orilla derecha del Rhin.

Vócula á su vez, engañado por noticias falsas de los celtas de Galia, marchó con sus legiones y tropas auxiliares celtas que iban agregadas á aquellas, desde Colonia contra Civilis y para hacer levantar otra vez el sitio de Vétera. Al aproximarse á esta plaza se adelantaron Clásico y Tutor, en apariencia para hacer un reconocimiento y explorar el país, pero en realidad para entenderse con los germanos sublevados. Regresado que hubieron, prepararon su traición separando sus tropas de las legiones y formando al rededor de su campamento un terraplen separado. Vócula conoció su intención; y aunque no se menguaron por esto su valor ni su orgullo de general romano, que miraba con menosprecio á los galos, renunció á pasar adelante y desistió del ataque. Regresó pues á Neuss, seguido de los galos, pronunciados ya abiertamente, los cuales acamparon á tres kilómetros de la plaza, desde donde ganaron al ejército del general con tan buen éxito que, cosa inaudita en la historia militar de las legiones, juraron hasta fidelidad á Clásico para el establecimiento de un gran imperio galo! En vano trató Vócula de cambiar la resolución de sus soldados, dirigiéndoles una arenga en la cual Tácito introduce todo el espíritu y todo el orgullo romanos (1); las tropas le mataron á él y prendieron á sus dos legados.

Entonces verdaderamente el incendio de la revolución celta estuvo á punto de acabar rápidamente con el dominio romano en la Galia. Igual juramento irracional hicieron luego el pueblo de Colonia y las tropas romanas de la Germania Alta, las cuales mataron á sus tribunos y expulsaron al general comandante de Maguncia; y finalmente, después de una resistencia y perseverancia gloriosísimas, la guarnición de Vétera acosada por el hambre se rindió á Civilis jurando como los demás luchar por la independencia de la Galia; pero el destino de estas tropas fué de todos modos desgraciado. Los germanos en su cólera feroz, faltando al convenio, los degollaron quizá con anuencia, quizá contra la voluntad de Civilis. Véase cómo cuenta Tácito el suceso:

Civilis había prometido á los suyos el saqueo del campamento cuya toma había costado la vida á tantos; y cuando la valiente guarnición se manifestó dispuesta á capitular, se convino en que saldrían los soldados llevándose solo el armamento ligero, no el completo, y quedando para los sitiadores el bagaje, los fondos, y los hombres del tren y bagajeros como esclavos. Así salieron los capitulantes acompañados de una escolta armada; pero á unos siete kilómetros y medio se encontraron con una multitud de otros germanos, los cua-

(1) Los historiadores latinos (á excepción de César) que no presenciaron los hechos que refieren, hacen hablar á sus personajes según las exigencias de su estilo retórico. (N. del T.)

les se arrojaron sobre ellos. Los que se defendieron quedaron tendidos en el campo; otros murieron en la confusión y en la fuga, y los demás retrocedieron al campamento; pero al llegar se hallaron en medio del saqueo y del incendio y allí encontraron también la muerte.

Fué un acto de ferocidad el que cometió aquella tosca multitud, cuyo triunfo le había costado demasiado caro á causa de la fría superioridad de los romanos en el arte de la guerra: la tenaz resistencia de los sitiados había excitado en el mas alto grado la cólera de los guerreros germanos; pero hay que tener en cuenta las máquinas de tenazas que los sitiados inventaron y las horribles pérdidas que los proyectiles incendiarios habían causado á los germanos; hay que considerar que estos tenían poco conocimiento y menos práctica en el sitio y defensa de plazas, y veían en el impetuoso ataque á las fortificaciones y en el alegre sacrificio de sus vidas, el colmo del heroísmo, al paso que miraban la defensa de los romanos como un acto de prudencia que rayaba en cobardía; no hay que olvidar los vicios abominables de los romanos, cuyas víctimas habían sido sus «aliados libres»; y por último hay que tener en cuenta las pasiones brutales desencadenadas por la guerra en que tomaba parte todo un pueblo, para comprender aquella venganza traidora del pueblo germánico, de índole tan noble.

No obstante, no nos obliga esto á creer en la culpabilidad de Civilis, jefe tan eminente, aunque Tácito no acierte á juzgarle tan imparcialmente como á Arminio.

Civilis se lamentó de la desgracia y echó la culpa á los germanos (no á sus bátavos que no habían atacado á los capitulados) diciendo que habían empañado la gloria de su fidelidad. Así lo refiere Tácito, y cuando este historiador añade: «no puede decidirse si estas palabras estaban dictadas por la hipocresía ó si en realidad no pudo Civilis contener á su furibunda gente», nosotros adoptamos esta última opinión, con tanto mayor motivo cuanto que tampoco Arminio había podido hacerse obedecer. Que Civilis daba á su pequeño hijo prisioneros para hacerlos servir de blanco en sus ejercicios de tiro de arco y de dardo, es un rumor que solo como tal, sin afirmarlo, lo menciona el mismo Tácito.

Lo creible es que según refiere el mismo autor al empezar la guerra, hizo voto de no cortarse el cabello, largo y rojizo, hasta que fuesen aniquiladas las legiones, y lo cremos porque tal era la costumbre en la raza germánica y muy especialmente en las tribus celtas, con lo cual tenemos otra prueba de que los bátavos eran una de estas tribus.

Por lo demás no es cierto que este caudillo ambicioso y astuto hubiese pensado jamás seriamente en pelear ni hacer pelear á sus bátavos á favor de un imperio galo en que soñaban los celtas. Todo lo que hizo fué servirse de los galos contra Roma, atendido que su auxilio pesaba muchísimo en la balanza de la guerra; pero en el fondo proyectaba un reino germánico, porque separada la Galia de Roma no podía atacarse el país bátavo sino por el lado del mar, y esto, á causa de la topografía de aquellas costas, solo con mucha dificultad; y en caso de una guerra con la Galia independiente de Roma no dudaba que saldrían victoriosos con el auxilio de los germanos del otro lado del Rhin.

Lo que este hombre notable vió entonces en su imaginación se cumplió posteriormente; no los celtas, sino los germanos heredaron el poder de los romanos al Norte de los Alpes. El único romano que consideró la posibilidad de un tal cambio y que aun tuvo como un vago presentimiento de su realización, fué Tácito.

Entre muchos trofeos y piezas del botín llevaron los germanos á Velela, profetisa del pueblo de los brúcteros y también al general delegado Mumio Lupercio en clase de cautivo.

Esta mujer ejercía sobre los germanos, como todas las de su clase, una influencia muy semejante á la de una reina, «porque, dice Tácito, esta especie de mujeres lúcida á medida que aumenta la fe en sus sentencias, llegan á obtener una veneración como si fueran diosas». No sucedía así: la verdad era que estas profetisas estaban consideradas por los germanos como mujeres mortales, pero veneradas como instrumentos, medios, confidentes y sacerdotisas de los dioses ó diosas; y no existe tradición alguna de que una de estas *valas* ó profetisas haya sido trasformada en divinidad en el trascurso del tiempo por la imaginación popular. En la época de que hablamos había subido muy alto la fama de Velela porque había pronosticado la victoria de sus compatriotas y la destrucción de las legiones. No llegó á ver á Lupercio porque los germanos le mataron en el camino. Otros centuriones y tribunos, hijos de la Galia, fueron retenidos por Civilis en calidad de rehenes para asegurarse la alianza con los galos.

Los campamentos perennes ó de invierno de las legiones y tropas auxiliares, verdaderas fortalezas y centros de operaciones, fueron incendiados por los revoltosos, excepto el de Maguncia y de Vindonisa (hoy Windisch en Argovia en Suiza), como establecimientos que mas odio inspiraban á los bárbaros.

Tácito, inspirado del puro espíritu romano, describe con expresiones conmovedoras el sentimiento de inmensa tristeza y humillación que se apoderó de las legiones cuando recibieron de «sus nuevos emperadores galos» la orden de evacuar estas plazas fuertes; cuando en las marchas vieron derribadas y arrancadas las estatuas y bustos de los emperadores, y en lugar de las orgullosas enseñas romanas, ondear al viento los estandartes brillantemente adornados de los galos. Así fueron recorriendo dos legiones la áspera carrera de su oprobio; primero la décimasexta que fué mandada desde Neuss á Tréveris, y á la cual se agregó otra de Bonn. Las poblaciones galas al saber que pasaban las hasta entonces invictas tropas romanas, cautivas y juramentadas al servicio de la Galia, conducidas por jefes galos, salieron de sus pueblos, casas y campos para verlas pasar por la carretera, recreando su vista en los humillados guerreros, ante los cuales estaban acostumbradas á temblar, y á quienes entonces dirigían invectivas y beñas, fieles á su carácter nacional celta, locuaz y chistoso hasta la insolencia, conforme se ha conservado hasta en sus descendientes de hoy (1).

Un escuadrón de caballería romana, compuesto de gente de la comarca italianísima de Ancona, perdió la paciencia, y para no soportar mas tiempo las mofas del populacho celta, se separó del resto de los capitulados y se dirigió á Maguncia, y encontrando en el camino casualmente al asesino de Vócula, le dejó en el sitio atravesado con las lanzas.

Los dos jefes Civilis y Clásico estaban indecisos sobre la conducta que seguirían respecto de la ciudad de Colonia, verdadera colonia romano-germánica. No eran enteramente justos y naturales, como frecuentemente los representa Tácito en esta guerra, los fundamentos de los caudillos germanos para opinar por la destrucción de la ciudad; pero no eran solamente la crueldad y el deseo de botín los que les impelían contra aquella población, justamente odiada por ellos; ni tampoco eran aquellos perversos sentimientos los que agitaban las masas del pueblo germánico. Estas veían su libertad amenazada mientras existiera aquella plaza principal de armas de los romanos; querían que todos los ger-

(1) Así se califica generalmente á los franceses; mas los celtas existentes aun en la Bretaña francesa, en el condado de Gales en Inglaterra y en Irlanda no son así. (N. del T.)

manos tuviesen libre acceso á ella y que los ubios romanizados fuesen destruidos. Los romanos debieron persuadirse de que los germanos no creerían concluida la guerra hasta que estuviesen demolidas las plazas de armas que les amenazaban.

El que con mas fuego sostenía esta opinión era el caudillo de los teucteros, que tanto habían padecido de resultados de la política, ó mejor dicho falacia de Roma. Este jefe dirigió al consejo municipal de Colonia, según Tácito, el discurso siguiente: «Todos damos gracias á los dioses comunes y en especial al de la guerra, y os felicitamos por haber ingresado otra vez en el gremio y alianza y adoptado el nombre de germanos, y vuelto á ser hombres libres como nosotros. Hasta ahora nos habían cerrado los romanos el río, el país y casi el aire mismo, impidiéndonos hablar y vernos con vosotros, ó lo que es todavía mas afrentoso para valerosos guerreros, no nos permitían entrar sino desarmados, bajo escolta y pagando derechos de entrada ó de tránsito. Ahora para cimentar nuestra amistad y alianza por todos los siglos venideros, exigimos de vosotros que derribeis las murallas de esta colonia romana, esos baluartes de la esclavitud, porque hasta las fieras indómitas de la selva pierden su arrojo si se las encierra en una jaula. Queremos además que mateis á todos los romanos que se hallen en vuestros dominios, porque la libertad y los tiranos no pueden encontrarse juntos; lo que poseen ha de pertenecer á todos, sin que ocultamente se enriquezcan con ello algunos individuos particulares. Que nos sea permitido á vosotros y á nosotros, como en tiempo de nuestros mayores, vivir otra vez en ambas orillas del río, porque la tierra como la luz y el aire pertenece á los valientes. Volved á tomar las costumbres y el traje de nuestros antepasados; dejad la vida regalada con la cual domina Roma á los que somete, mas que con las armas. Regeneraos como nosotros y una vez purificados y rejuvenecidos, podreis dominar á los galos.»

Los agripenses, como ellos gustaban de llamarse, no las tenían todas consigo al oír semejante discurso; y como no se atrevían en aquel trance á negarse rotundamente á lo que comprendían demasiado bien, ni á ponerlo tampoco por obra, aunque no fuese sino por temor de incurrir después en la venganza de Roma, eligieron un término medio, pidiendo algun tiempo para pensarlo y deliberar sobre el asunto.

Por fin y cuando no había mas remedio contestaron: «Hemos aprovechado con mas ardor que prudencia la primera ocasión que nos ha venido á mano para libertarnos, y nos hemos asociado á vosotros y demás germanos afines nuestros. Pero juzgamos mas prudente reforzar que derribar las fortificaciones de nuestra ciudad, tanto mas cuanto que cabalmente Roma arma en este momento sus ejércitos contra nosotros. Los extranjeros naturales de Italia y de otras provincias romanas que había en nuestro territorio ó han muerto en la guerra, ó huido á su país. Quedan solo los colonos primitivos; pero estos están emparentados con nuestras familias por sus esposas, y por sus hijos que han nacido aquí y tienen aquí su patria; y no sereis tan perversos que exijais de nosotros que degollemos á nuestros padres, hermanos é hijos. Aboliremos los derechos y otros obstáculos que se oponen al libre comercio; retiraremos las guardias de los pasos del río, pero solo para los que se presenten sin armas y de día, hasta que las circunstancias y las relaciones nuevas hayan traído nuevas costumbres. Como árbitros entre vosotros y nosotros proponemos á Civilis y á Velela. Estos dos legalizarán y formalizarán el convenio.»

Del hecho de haber propuesto á Civilis por árbitro puede inferirse que este no debía de ser partidario de la destruc-